

como si nosotros" (*Final de texto*, pág. 33); "se abatió la condena de sembrar luz / en los labios de los muertos / así / ¿hacia dónde? / ¿para siempre?" (*Final de texto*, pág. 41); y, entre otros, "¿hacia dónde deriva este destierro perpetuo? (*Final de texto*, pág. 45).

De atmósfera opresiva, cargada de sortilegios insospechados, los textos *De la incesante partida* tienen en común el énfasis sobre la incomunicación y la angustia, sus huyentes se desplazan a lo largo de un monólogo del cual el poeta no pretende distraerlos, y más bien prefiere viajar con ellos en su loca longitud de onda. Así, el relato poético de Mauricio Contreras presta mucha atención a las imágenes y al lenguaje que con una delgadez barroca, aunque esto suene contradictorio, va traduciendo furores individuales, sacrificios telúricos, desafíos confusos, gritos de hambre y muerte, que el poeta, por medio del desenfreno de la palabra, narra con dinamismo y audacia.

GUILLERMO
LINERO MONTES
guillermolinero@gmail.com

Nadie es alguien

Las hipótesis de Nadie

Juan Manuel Roca

Colección de Poesía, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2005, 129 págs.

Con el poemario *Las hipótesis de Nadie*, Juan Manuel Roca (Medellín, 1946) recibió el premio nacional de poesía Ministerio de Cultura, en su versión de 2004, y la edición impresa que aquí reseñamos es una publicación exclusiva para la Colección de Poesía de la Universidad Nacional de Colombia.

Juan Manuel Roca ya había obtenido antes distintos premios (en poesía y otros géneros literarios), en

un récord que podría hacer pensar a muchos que, además de poeta, quizá sea también un disciplinado y consuetudinario concursante. Pero no es así, y a quienes hemos visto con atención la evolución de su lenguaje, estilo y pensamiento poéticos, nos consta y sabemos, y podemos afirmarlo con desenvoltura, que ello dista mucho de la verdad. De hecho, *Las hipótesis de Nadie* son la concreción de una obsesiva alusión del poeta, a la que, después de muchos años de moldearla con soslayados instantes en el interior de sus demás obras, le cierra la puerta para clausurarla por fin como intimidad, haciéndola protagonista en una natural responsabilidad de artista, como es la de asumir y exorcizar sus propias expectativas y sus espectros personales. En efecto, en este libro Juan Manuel echa partido de lo que en su madurez creativa es ya de absoluta e indiscutible autenticidad. Me explico con un ejemplo: si en las obras anteriores las sombras de sus recurrentes fantasmas literarios (Vallejo, Trakl, Dylan Thomas, Rimbaud,...) hacían sus apariciones prestándoles a los versos de Roca alguna estructura corpórea (obvio que de carácter formal) y giros verbales que en su momento bien sobrecreó, en esta obra, por el contrario, de tales personajes apenas rondan sus sombras y lo hacen sólo para ser mentados desde la subjetividad y lo cognitivo del poeta: ahora Juan Manuel no imita sus trazos, sino, por el contrario, con los suyos, les hace a ellos retratos de nostalgia, siluetas que nunca antes Nadie había concebido.

¿Pero, además de los mentados retratos literarios —sus parientes estéticos—, quién es Nadie? Nadie es la ingravidez, lo noble, lo frágil, lo intangible. Es también el flanco camuflado y la correspondiente imagen virtual que todo cuerpo físico posee. El olvido y no la insidiosa presencia de los recuerdos. La ruina que habla de una casa y no la casa disimulando su aniquilación. Tampoco la música, sino sus largos silencios. Nunca la silla, sino el vacío de quien estuvo allí sentado. Antes que

la mujer, su líquida condición de huidiza. Más que la noche, el brillo de la luna en los montículos. Trenes que pesan por la carga de su misterio y no a causa de sus hierros y aceeros. Pero también el "otro" y la lógica presencia de sus temas de siempre: los espejos, la noche... y, por supuesto, el monólogo, que Juan Manuel Roca deja a sus personajes comunes y corrientes, entre los cuales el poeta elige los más aviesos en su actitud de oficiantes de lo raro, y lo hace quizá para desenvolver soliloquios ficticios:



El chatarrero:

Me acecha el metal. Los resortes de un catre de hospital yacen como vísceras de un animal venido de otro mundo. Herraduras sin caballo, cadenas sin preso, florecen en el Reino de Nadie.

[...]

[De: *Monólogo del chatarrero*, pág. 45]

El iracundo:

[...]

*Es la ira,
Mi desbocada ira
Que viene blandiendo sus
[espadas.*

[De: *Canción del iracundo*, pág. 100]

El constructor de ruinas:

[...]

*Un hombre levanta la fachada
[de su casa como quien
amputa la lejanía.*

[...]

[De: *Consejos del constructor de ruinas*, pág. 67]

